

La democracia como problema

Conferencia dictada el 11 de mayo de 2011

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Quisiera hablar hoy de la democracia como esa gran solución que se ha ideado en el mundo para resolver los grandes problemas del poder, y que a su vez es el surtidor de una serie de complejidades, desafíos y también de problemas.

La democracia fue capaz de resolver dos grandes problemas, quizás los más complejos del poder. Uno de ellos es saber de qué manera podemos nosotros acceder al poder sin matarnos. La gran defensa desencantada y lúcida que hace Karl Popper de la democracia la caracteriza como ese gobierno que nos permite sacudirnos de los malos gobiernos sin tener que disparar un tiro. Un régimen que tiene la capacidad de castigar sin matar a nadie. Por el otro lado, la democracia tiene la virtud de definir las reglas del juego político de tal suerte que los derechos de cada uno sean respetados.

Por una parte, entonces, es un régimen que combina este imperio de la mayoría –que decidan los más–, pero que al mismo tiempo resguarda los derechos de las minorías. La democracia cuida que no se atropellen los derechos de quienes están en el sector minoritario, quienes no comparten la voz mayoritaria.

Creo que con mucha facilidad tendemos, desde la democracia, a imaginar que ella enfrenta solo enemigos externos, o que los adversarios del régimen democrático, aquellos que ponen en peligro la propia democracia, están en la otra ribera, en el otro régimen. Que se trata, por lo tanto, de resguardar siempre a la democracia de aquello que está “allá afuera”. Quienes venimos de experiencias autoritarias, de uno u otro perfil, tendemos a pensar que los problemas de la democracia tienen que ver con los restos del pasado, que tienen que ver con aquello que queda del régimen anterior, con aquellas secuelas del autoritarismo, de la dictadura, y que lo que falta, por lo tanto, es simplemente limpiar a la democracia de aquello que le es ajeno: eliminar esos enclaves autoritarios que están metidos en nuestras leyes, eliminar esas prácticas sociales, esa forma de organización social y política que corresponde a esa lógica, a esa cadena de la mentalidad autoritaria.

Por supuesto que las democracias de reciente establecimiento tienen siempre temas pendientes con su pasado y, sin lugar a dudas, conservan sus rastros y huellas. Hay lazos que logran la pervivencia del autoritarismo en un régimen democrático, de eso no tengo la menor duda. Pero quisiera dirigir la atención a los problemas intrínsecos a la democracia, entender que la democracia es su propio problema. En ese aspecto, creo que hay tres opciones frente a la idea de la democracia y sus desafíos.

La primera es la perspectiva autocrática que considera que la democracia es un mal que hay que evitar, y que por lo tanto hay que acudir a los expedientes autoritarios. Esta es una condena abierta a la democracia. La segunda visión es aquella que creo que podríamos llamar “ingenua”, que radica en pensar que la democracia es la virtud política, que es un jardín al que solo

es necesario quitar las hierbas viejas y malas del autoritarismo. Una tercera visión que quisiera sugerir es que la democracia es en sí una solución problemática. Esta versión crítica de la democracia entiende que este régimen no solamente tiene adversarios externos, sino que también tiene problemas que surgen de su propia naturaleza, de su propia entidad. Creo que esa es la gran lección de Alexis de Tocqueville al ir a Estados Unidos y ver el fenómeno democrático.

Tocqueville no fue solamente un sociólogo genial, no fue solamente un gran estudioso de las instituciones –y uno muy inteligente, por lo demás–, sino que fue también un observador de la cultura, un crítico de las costumbres y, en el fondo, un moralista que se dio cuenta de que el nuevo mundo de la democracia no era simplemente una mudanza de las prácticas que se daban en el palacio, que no solamente había allí una serie de rituales donde se votaba por los representantes y los senadores, que no era solamente esa relación compleja entre el presidente y el congreso, sino que la mutación democrática significaba un cambio en la textura de la sociedad.

Notó que las sociedades democráticas implicaban un fenómeno radicalmente nuevo en la humanidad y que eso presentaba complicaciones en la órbita de las instituciones que ahora debían ser repensadas. Para Tocqueville, la democracia implicaba desafíos en términos de la vinculación entre los particulares, y tenía enormes retos en su dimensión social, cultural y también artística. Incluso este moralista llegó a pensar en los desafíos que la democracia le planteaba al espíritu humano. Alexis de Tocqueville tuvo una preocupación metafísica por el alma del hombre, por el lugar donde se encuentra el alma del ciudadano democrático que ha perdido el marco de referencias

que le ofrecían las cadenas jerárquicas de los viejos regímenes monárquicos.

Es Alexis de Tocqueville quien frente a la democracia nos dice: “Hay que tener cuidado”. Hay que cuidar a la democracia y hay que saber entender todo lo que nos exige en un plano cultural, social, institucional, y también en un plano moral. No podemos desoír esa advertencia de Tocqueville que no es la advertencia del pesimista, del enemigo de la democracia que quiere detener la democracia, sino de aquel que quiere abrazarla haciéndose cargo de sus exigencias.

¿Pero de qué estamos hablando cuando hablamos de democracia? Desde luego hay muchas formas de entender este régimen y podríamos empezar con la visión más elemental de la democracia que es la visión rousseauiana: la perspectiva de la identidad, el espejo que hacía que el soberano y el pueblo fuesen el mismo sujeto, tuvieran la misma voluntad, caminaran hacia el mismo destino.

La visión de Rousseau implica este extraño invento de la voluntad general, una voluntad que es una sustancia muy misteriosa, pero que tiene una enorme ventaja: no se equivoca nunca. Es una sustancia que no es muy fácil ver cómo se cocina. No hay ninguna ruta institucional para acceder a ella, pero en el momento en que se comprende, es infalible. Lo que quiere la voluntad es siempre lo que *debe ser*. Eso es algo que dijo Rousseau, o que, más que decirlo, fue su amenaza hacia nosotros.

Otros han hablado de la democracia, pero ya no como esta identidad sino como un juego, como un proceso, como una dinámica de competencia, como una especie de supermercado donde los ciudadanos se pasean por una tienda y van escogiendo gobiernos, castigando con su voto a aquellos productos

que no corresponden a la publicidad de la marca, y optando por aquellos que ganan su confianza. Así lo dijo con mucha claridad un estudioso de la política, un polaco muy cercano a Chile, Adam Przeworski, al señalar que la marca central de la democracia es la incertidumbre.

La incertidumbre es la marca básica de un régimen democrático porque impide ganadores empedernidos, ganadores que siempre lo obtienen todo, que ganan siempre. Eso lo dice un hombre que tiene una buena formación marxista como Przeworski, y no se refiere solamente a los partidos políticos, sino también a los agentes y actores económicos. Una muy buena forma de ubicar si un régimen es democrático o no, es comprobar si los distintos actores políticos, si los distintos actores institucionales, sociales o económicos, pierden batallas. Aquel régimen donde hay un actor político, social, económico, que está por encima del riesgo de perder, no es un régimen democrático. Será entonces una democracia, de acuerdo a Przeworski, un régimen donde quien gana no lo puede ganar todo, y donde quien pierde no puede perder para siempre.

Ahora yo quisiera partir de una idea que me parece mucho más rica en evocaciones, mucho más estimulante para la discusión sobre la naturaleza del régimen democrático, que es la perspectiva de la democracia como un espacio simbólico: entender que la realidad más profunda de la democracia es justamente su dimensión simbólica. Para ello me acerco a las reflexiones de Claude Lefort.

Lo importante de la democracia, dice Lefort, no es tanto que haya elecciones, no es que haya un congreso y un parlamento, que haya un sometimiento del poder a la ley. Lo importante es que la democracia implica la desaparición del mapa tradicional

de lo social. Un régimen autoritario, una dictadura, las viejas monarquías absolutas, o el totalitarismo, que es el referente que Lefort tiene en mente al escribir sobre la democracia, poseen un mapa donde el hombre se inserta con claridad. Se sabe a través de la voluntad del poder qué es lo que existe, qué es lo que es bueno, qué es lo que es cierto, qué es lo que es bello. El régimen autocrático permite tener un marco de referencias y de señales unívocas dentro de una sociedad.

¿Qué es un régimen democrático entonces? Es un régimen donde esa pantalla del poder a través de la cual observamos el mundo se ha disuelto. Es la recuperación de las retinas de todos los individuos que a partir de un régimen democrático pueden ver el mundo sin el auxilio de la visión del poder. Claude Lefort llega a esta perspectiva a través de su pleito contra el estado burocrático soviético, contra el totalitarismo que se implanta como un modelo alternativo a la democracia liberal. Lefort no va a pelearse con Marx ni directamente a echarle pleito a Lenin o a Stalin, sino que recurre a la teología política medieval, e identifica dentro de esta última este relato muy sugerente de los dos cuerpos del rey.

¿Qué es el rey para la visión política medieval? Es una persona que a pesar de tener todas nuestras limitaciones físicas, mentales, a pesar de estornudar, de ir al baño, de envejecer y de perder el pelo, es una categoría, es el depositario último de la razón, de la ley, la referencia inequívoca del Estado. Por ello, el rey tiene un cuerpo mortal, pero también otro que no lo es. Por ello el rey, en un cuerpo, es un sujeto que se puede enfermar, pero que en la otra dimensión institucional y metafísica es infalible.

Un sistema no democrático es esa fusión de la ley, de la ra-

zón, de la ciencia, de la moral, del derecho, de la justicia, en un centro que podemos ubicar con toda claridad y, por lo tanto, a través del magnetismo de ese cuerpo, a través de esa imantación social, de esa presencia política, nosotros podemos descifrar el mundo. Esa es también la perspectiva hobbesiana. Thomas Hobbes no solamente concentró el poder en el Leviatán. Hobbes concentró, sobre todo, la razón en el Leviatán, e hizo que los individuos le cedieran al soberano su capacidad de evaluar el mundo: “No veré el mundo a través de mis ojos, sino que lo veré a través de los ojos del soberano”. Esa es, de alguna manera, la fórmula hobbesiana.

¿Qué quiere decir esto sobre el problema democrático? Quiere decir, desde mi perspectiva, que si el autoritarismo es una fórmula de una extraordinaria simpleza para encontrarle respuesta al mundo, la democracia es esa carencia de respuesta definitiva. Que si el autoritarismo es un inyector de sentido, la democracia es la pérdida de ese significado unívoco, y desde allí viene la pérdida de norte de la democracia que se percibe en la visión tocquevilliana, atmósfera que para un hombre de la aristocracia francesa resultaba desconcertante: la atmósfera de terrible confusión moral, política, estética e histórica que supone un régimen democrático. No hay solo una brújula en este régimen pluralista.

La democracia, entonces, no se constituye a través del acceso al poder, de la conquista del poder. No se trata, para seguir la metáfora lefortiana, de sustituir el cuerpo del rey por los diez millones de cuerpos de una nación, o por los quinientos cuerpos de los miembros de un parlamento; se trata de la disolución de ese cuerpo, de la desaparición de esa referencia de certidumbre que era el cuerpo del rey. Lo que podríamos detectar es que la sociedad, para enfrentar esos contrastes y lograr

cohesión, necesita imaginar fórmulas de vinculación que ya no surgen a partir de la verticalidad histórica, de la verticalidad del poder, sino que se generan desde la voluntad. A partir de allí tiene que haber una discusión sobre las instituciones políticas, las cuales no pueden ser exclusivamente las instituciones de la coordinación, sino que también son las instituciones del conflicto y de su propia resolución.

La condición democrática es frágil. Es una arquitectura de arena, una estructura cubierta por la incertidumbre, por las decisiones fugaces y por la dificultad para decidir. Ahí, quizá, desde dentro de la democracia, se incuban los adversarios contemporáneos de ésta, aquellos que acaso representen la nostalgia del cuerpo perdido.

Claude Lefort tenía en mente que el totalitarismo era, en algún sentido, una respuesta a esa cisura democrática, a esa manera de cortar nuestro cuerpo de referencias. El totalitarismo era, finalmente, una especie de restauración de la referencia unívoca en donde todo estaba adherido al partido y al camarada que dirigía al partido. Como decía Lefort, “la verdad es que Luis XIV era un liberal cuando decía que el Estado era él. Stalin no se quedó con esas nimiedades de ser él el Estado, él era la sociedad”.

“La sociedad soy yo”, eso imagina Lefort que decía Stalin. Pero si Lefort tiene como referencia al totalitarismo, creo que nosotros hoy podemos tener como referencia al populismo. El populismo no es una conspiración exterior a la democracia, es la constatación de un fracaso democrático. El populismo progresa allí donde la democracia no está ofreciendo resultados, ya que en esta arquitectura arenosa, la única posibilidad de construir política, de establecer decisiones, de establecer un

orden, de marcar cierta dirección, tiene que ver con lo que ya planteaban los constitucionalistas norteamericanos, que era la capacidad de atender directa, ágilmente las demandas colectivas allí donde se presentan.

En la visión del pluralismo norteamericano, de acuerdo a sus diseñadores, esta gran dispersión política tiene sentido justamente porque es capaz de generar una política de respuestas directas a problemas locales, y porque puede, por lo tanto, responder en un pequeño pueblo a los problemas del agua o de la seguridad, puede mejorar las escuelas en una pequeña aldea, en una ciudad o en un barrio. En esa medida, se preserva la dinámica virtuosa del pluralismo que genera este rico movimiento de las interacciones locales, donde un hombre se puede vincular con alguien para fines políticos, pero con otro para compartir su diversión, y luego con otro porque le gusta la música. Esas son las divisiones sociales del pluralismo asociativo. Cuando la democracia es constantemente una frustración de peticiones, cuando pone una muralla, un tapón a las exigencias ciudadanas, simplemente fracasa.

El populismo es la producción simbólica de algo realmente extravagante, que es la formación de un “nosotros” que se planta frente al poder. El populismo puede arraigar en una sociedad en la medida en que un habitante de un barrio quiere agua y no tiene agua. Pero puede ser más que el problema de un barrio. Puede también ser el problema del barrio de al lado y de la ciudad vecina y del Estado que está próximo. No solamente tienen un problema con el agua, sino que las escuelas de sus hijos no tienen pizarrones ni maestros que entreguen una educación de calidad, y no solamente tienen problemas de educación, sino que se sienten inseguros, y no solamente tie-

nen problemas de inseguridad, sino que no tienen empleo. Esta cadena de frustraciones empieza a generar una simplificación del escenario político que permite este prodigio de la imaginación que es decir: “Nosotros dentro de la sociedad podemos tener miles de diferencias, pero por nuestras frustraciones, por la incapacidad de este sistema democrático de darnos respuestas puntuales a nuestros derechos, aparecemos como un nosotros y somos, finalmente, una entidad homogénea”, y esto puede llegar a generar un cuerpo que grita el nombre de un caudillo, el nombre de ese gran vocero del pueblo que puede decir: “Nosotros contra ustedes”.

La democracia tiene entonces un reto, un desafío institucional enorme. Creo que en los federalistas norteamericanos había una gran arrogancia, una gran ambición, que era entender su trabajo como una misión planetaria. A la gente que estaba redactando la Constitución en Filadelfia no le correspondía, según su propia visión, simplemente arreglar los problemas de estas colonias que se habían independizado y darle un orden político a este nuevo país, sino decirle al mundo que las sociedades se podían gobernar por la razón, y que podía nacer en los Estados Unidos de América el mensaje de que la humanidad se podía liberar de la tiranía, del capricho de la fuerza.

Dice Alexander Hamilton sobre esta idea misionera: “Parece haberle sido reservado a este pueblo el decidir, con su conducta y su ejemplo, la importante cuestión relativa a si las sociedades humanas son capaces de establecer un buen gobierno valiéndose de la reflexión, y porque optaron por él, o si están por siempre destinadas a fundar con él, en el accidente o la fuerza, sus Constituciones Políticas”. Esto quiere decir que en la arquitectura constitucional o, como se conoce mejor ahora, en la in-

geniería constitucional está la posibilidad de que sea la razón la que nos gobierne y no el golpe de los que tienen la fuerza ni la casualidad de la tradición, esto es, lo que ha sido de una forma porque así lo indican los siglos anteriores.

De ahí viene esta dimensión, que es sin duda importante, del cálculo, del diseño, de la construcción de las instituciones políticas, de esta forma de alinear inteligentemente los castigos y los premios. Así llegamos a construir una especie de catecismo democrático, una especie de sermón donde podríamos llegar a decir que la suerte de una sociedad democrática depende solamente de una decisión clave, y es que la Constitución sea una Constitución bien pensada, donde todos los engranajes ensamblen perfectamente, donde todos los premios y los castigos estén alineados para producir los efectos deseados. Yo no dudo de la importancia del diseño institucional, pero creo que debemos darnos cuenta de que no podemos seguir alentando esta fantasía institucional, esta fantasía tan decimonónica de pensar que la suerte de un régimen político depende en exclusiva del diseño constitucional.

No hay ninguna duda de que las instituciones cuentan, que tienen virtudes, efectos que pueden ser positivos o negativos, que pueden generar conductas virtuosas o el desastre, pero de ahí a que pensemos que la suerte de una democracia depende solo de una Constitución feliz hay un gran trecho, porque finalmente la democracia, que es y que ha de ser un régimen de reglas, es también un régimen particularmente exigente con sus liderazgos. Un régimen autoritario puede tener a cualquier imbécil a la cabeza y su voluntad se hará. Un régimen democrático, por el contrario, requiere de un extraordinario talento por parte de la clase política. Un régimen democrático es el

más exigente en términos de su sociedad política, y lo que decía Alexis de Tocqueville sobre ello me parece que también puede ser una advertencia relevante. Esta advertencia es la que tiene que ver con la ambición. Tocqueville dice en *La Democracia en América*: “No conozco país con tantos ambiciosos, pero tampoco he conocido un país que tenga tan bajas ambiciones”. Es decir, la democracia puede ofrecer todos estos premios, todos estos dulces para el acceso y la conquista del poder por varias rutas, por varias vías, pero de la misma manera puede achatar el horizonte de la política.

La democracia puede ser paradójicamente –y eso lo digo en particular desde un país que ha accedido recientemente a la democracia, como es México– el angostamiento del horizonte político. Puede ser un régimen que en pluralismo, en condiciones de legalidad, haga de todo lo necesario un imposible. Allí hay un desafío enorme para pensar que en democracia puede haber espacio para una ambición que vaya más allá del titular del siguiente periódico. Este desafío tiene una dimensión temporal, porque la gran virtud de la democracia es sin duda la obligación de rendirles cuentas a los vivos. Es el gobierno de los vivos, como decía Thomas Paine.

No estamos aquí para rendirle culto a nuestros ancestros. No estamos aquí para que se sientan bien nuestros abuelos que están tres metros bajo tierra. No tenemos que rendirle culto a la historia. Pero tampoco está en la perspectiva de la democracia que tengamos que rendirles cuentas a nuestros nietos dentro de 150 años, para que ellos sí tengan la posibilidad de vivir en prosperidad. Octavio Paz decía que esto es lo que une a la democracia con el amor: ambos tienen como tiempo el presente. Uno no puede decir: “Te voy a querer mañana”. Uno no puede

decir: “Voy a rendirle cuentas al pasado lejano”. Pero esto que es la gran virtud, es también la gran limitación.

Como dice aquel extraño personaje, el ensayista y economista francés Jacques Attali, en democracia jamás se habrían erigido las pirámides de Egipto, jamás se habrían levantado catedrales como las que están en cada una de las capitales europeas, y no porque ahora no tengamos los esclavos egipcios, sino porque a nadie en este momento se le ocurriría poner la primera piedra de la obra de una termoeléctrica que se inaugurará 180 años o 280 años después. En un régimen democrático parece que esa conexión entre generaciones, ese compromiso con los que están por venir, tiende a disolverse, y lo que impera es la idea de las satisfacciones inmediatas, de la política de lo instantáneo, de este ritmo electoral en donde aquello que no tiene rédito en la próxima campaña electoral no tiene sentido político. Este es un problema que no le viene desde afuera a la democracia, sino que es interno, y la cultura democrática tiene que hacerse cargo de este limitadísimo horizonte temporal.

Tenemos que considerar, por tanto, la posibilidad de que la democracia sea este constante y denso espacio de la frustración política. Es muy conveniente que sepamos qué pedirle a la democracia. Giovanni Sartori decía que el peor error que podíamos hacer con la democracia es pedirle de más. Pedirle que nos haga felices, que nos dé prosperidad inmediata, que consiga la igualdad social automáticamente. Hay que ser moderados con nuestras expectativas, porque una forma de cuidar a la democracia es cuidar lo que le pedimos a ella. Debemos pedirle cosas, pero no tantas como para que se convierta en una barrera de frustraciones.

Cornelius Castoriadis, filósofo griego que ubica a la insumi-

sión como la clave de la ciudadanía, decía que la democracia era un régimen donde todas las preguntas podían ser formuladas. No cabe la herejía en una democracia. Todo se puede preguntar y todo se puede decir. Ahí creo que nosotros podríamos advertir la enorme dificultad para que las democracias sean capaces de hacer nuevas preguntas prohibidas y tocar los nuevos intereses sagrados.

La base de la democracia liberal, la base de la reconciliación o de la conciliación entre el liberalismo y la democracia, es el invento de las defensas de las minorías. Todos estos mecanismos contramayoritarios, que están insertados en todas las constituciones democráticas del mundo, otorgan a la mayoría el poder de decidir, pero con la reserva de no aplastar a la minoría, no acallar a los que piensan distinto, no prohibir la existencia del partido que ha perdido las elecciones. Estos mecanismos que son sin duda los grandes orgullos de las democracias liberales, también se han convertido en mecanismos muy eficaces para la preservación de los intereses económicos. Si bien en estos mecanismos contramayoritarios tenemos la garantía de que no se atropellarán los derechos, también podemos encontrar allí el parapeto de los intereses privilegiados. ¿Cómo se mueve una democracia que empieza a construir en ciertos ámbitos económicos nuevas zonas de lo intocable, nuevas zonas de lo incuestionable?

Tiene una raíz marxista y válida aquella expresión oída en una manifestación de hace algunos años ante alguna reunión del G-20. Allí se describía esta perspectiva y este desconsuelo así: “Los que votamos no tenemos poder. Los que tienen poder no han sido votados por nadie”. Esta advertencia marxista es una advertencia que debemos incluir en nuestra discu-

sión. ¿Cuál es el poder de la política en este momento y en este contexto de la globalización? ¿Qué capacidad decisoria tienen nuestros representantes frente a aquellos que pueden tener la capacidad de conducir sus inversiones con absoluta libertad y decidir hacia dónde se van este fin de semana? ¿En dónde está el sentido de lo político, la capacidad de lo político, en esta sociedad contemporánea?

Concluyo mis comentarios con la reiteración de que el régimen democrático después del 89 se quedó sin enemigos frontales. Desaparecieron los enemigos que podían decir abiertamente que están en contra de la democracia, pero lo que no nos ha quedado claro es la cantidad de exigencias políticas, sociales, e insistiría al decir incluso morales, de la democracia. Los propios problemas que genera este régimen pluralista hacen necesario ser a un tiempo modestos y exigentes con él.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Los límites de la democracia representativa parecieran hacerse chicos. Quisiera escucharle una reflexión sobre la participación ciudadana más allá del ejercicio del voto.

-Creo que hay que percatarse de que la participación política del ciudadano no puede ser solo este episodio, cada tres o seis años, de poner un signo sobre una hoja y retirarse a la casa. Esta visión del ciudadano como elector episódico es una visión muy limitada. Pienso en las dimensiones participativas del ciudadano en un sentido mucho más cotidiano. Tiene que ver con la formación de una comunidad, con la formación de vínculos que tengan como propósito la promoción

de los derechos, de los intereses, de los valores compartidos. Creo que es importante inyectarle a las democracias mecanismos de mayor participación, pero no creo que estos deban ser idealizados como los mecanismos que van a vivificar la democracia, en donde todos estemos votando por todo, todo el tiempo. Recientemente la revista *The Economist* habló, por ejemplo, del desastre del Estado de California, justamente por esta visión donde el ideal de la democracia representativa ha fracasado frente a la economía y al gobierno de California. Creo que tenemos que ser cuidadosos. Estos mecanismos valen e importan, pero más que el hecho de ir a votar en una consulta, lo que importa tiene que ver con los espacios de las organizaciones por ejemplo ambientalistas, donde es muy importante la organización y la capacidad de potenciar las voces que puedan estar desconectadas.

Parte del problema, dijo, es que le exigimos demasiado a la democracia. Si le exigimos poco, ¿qué va a pasar?

-La pregunta sobre la poca exigencia a la democracia me parece una gran pregunta. Es una gran provocación, porque creo que se relaciona con la victoria de la apatía. Si no le pedimos nada a la democracia se puede generar este cinismo absoluto donde la desconexión con lo político implica la privatización del individuo, a tal punto que el individuo considera que lo público ni siquiera le incumbe, ni siquiera tiene una voz en la democracia, en el régimen político, y deja de darle importancia a todo. Creo que el régimen necesita este fermento constante de la exigencia, y del inconformismo, donde pueda existir esta perspectiva de hablar *con*, hablarle *al* y hablar *desde* el poder con ideas, con opiniones distintas. Pedirle demasiado poco o nada a la democracia, creo

que es perderla. Si no se le pide, no existe.

No me quedó claro cuál es el rol que usted asigna a las instituciones para el buen funcionamiento democrático.

-No tengo ninguna duda de la relevancia del diseño institucional y del efecto de los alicientes y de los castigos para la organización de la política o de la economía. No tengo absolutamente ninguna reserva frente a esto. De lo único que dudo es de su existencia como receta mágica, y me parece que de pronto se impuso en ciertas perspectivas de la ciencia política comparada, del nuevo institucionalismo, la idea de que a partir de la disección de qué es este bicho que es el hombre y cuáles son sus motores y sus impulsos, y cómo funciona la máquina del poder, lo que deberíamos tener es un modelo de constitución, implantarlo, y con eso el juguete se movería solo. Lo único que quisiera introducir es una nota de escepticismo frente a esa facilidad donde creo que debemos hacernos cargo de la cultura, que para los institucionalistas es algo incomprensible o irrelevante.

Creo que tenemos que percatarnos, en democracia, de ciertas presencias de tradición, ciertos hábitos, ciertas visiones del mundo que marcan inevitablemente el sentido de la conducción política. Ese sería mi apunte y también sería la advertencia de que el mejor coche, con el mejor diseño, tanto en términos ingenieriles como estéticos, con un mal piloto se estrella; y a lo mejor un coche mal diseñado, torpemente pintado, pero con un piloto que sabe conducir, puede llegar donde quiere ir.

En Chile creo que hemos fallado en la formación del ciuda-

dano al pensar que ésta consiste solamente en enseñarle a votar.

-Estoy plenamente de acuerdo en que, junto con la familia, la educación es un gran semillero de la ciudadanía, y que ahí está la gran transmisión de los valores. Coincido con su defensa de esta idea de una ciudadanía crítica, informada, con conocimiento, y que pueda ejercer de manera independiente su inteligencia. Creo que ahí tenemos en América Latina un tema pendiente inmenso, que es aprender a pensar, no aprender a repetir, no aprender a obedecer, sino a cuestionar. Eso está pendiente.

Considerando que la democracia en Chile el 11 de septiembre de 1973 dio paso a un régimen totalitario, ¿pueden las democracias destruirse a sí mismas?

-Sin duda creo que las democracias se han destruido. La experiencia histórica nos habla de la democracia como un régimen muy débil para quienes son desleales con ella. Dentro de las paradojas de este sistema, creo que ofrece buenos mecanismos para que los antidemócratas prosperen y les da muy débiles herramientas a los demócratas para defenderse de estos antidemócratas que se infiltran y que pueden ocupar esos mecanismos para pervertirlos. Ahí recordaría solamente esta extraordinaria fantasía literaria de Maurice Joly, este diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu. La gran tesis de Joly, con un Maquiavelo imaginario, es que para conseguir hoy la imposición de una dictadura, lo único que hace falta es torcer los mecanismos democráticos. Torcer el voto, torcer los medios de comunicación, pervertirlos... No se tienen que eliminar todos esos elementos. Lo que hay que hacer es, con gran astucia y perversidad, darles un vuelco. Hay que darse cuenta

de que esos mecanismos, el voto por ejemplo, pueden ser un instrumento al servicio de la dictadura.

Hemos hablado más de una hora de democracia pero nada sobre el rol de los partidos políticos. ¿Los ve como parte del problema o de la solución?

-Efectivamente no me he referido de manera específica a los partidos políticos. Ellos suelen ser los grandes villanos de la política contemporánea, los bichos más abominados de la política en todo el mundo. Sin embargo, regresaría a lo que han dicho muchos: no hay democracia sin partidos políticos, y creo que la fuerza de una democracia tiene que ver con la fuerza, con la representatividad, con la flexibilidad, con la sensibilidad de los partidos políticos. Es importante que haya política por fuera de los partidos, ya que desde luego ellos no pueden tener los monopolios de la política, pero las columnas vertebrales de un régimen democrático son, desde luego, estas instituciones tan mal queridas.

¿Qué importancia le da a los medios de comunicación, especialmente a internet, en la formación de la nueva ciudadanía, de la cultura democrática?

-En lo que se refiere a los medios, son uno de los grandes espacios de la democracia, un espacio público donde puede conocerse la voz del poder, el argumento del gobierno, y ventilarse la crítica y conocer opiniones distintas y escuchar a las oposiciones. Si no existen medios de comunicación críticos, abiertos y frescos, me parece que no puede haber realmente un régimen democrático. ¿Qué aportan los nuevos medios? Creo que el panorama es, por una parte, alentador, porque los nue-

vos medios permiten una reconexión de ciudadanos, que antes estaban desconectados de la política, con el mundo de lo público. Han ayudado a la socialización de la política y eso me parece muy positivo. También me parece que logran la independencia de muchas voces respecto a los grandes conglomerados mediáticos, las grandes centrales televisivas, y de pronto puede haber opiniones independientes que no tienen el patrocinio de una gran firma. Esto me parece muy valioso y muy positivo.

Con todo, me preocupa que los nuevos medios puedan producir una especie de “cazuela” de espejos para el ciudadano, en donde él simplemente decida conocer solo lo que alimenta sus prejuicios. “Soy de la derecha norteamericana, y me rodeo de información que solamente me dice que Obama es un musulmán terrorista que nació en Pakistán y que es primo del que acaba de morir”, y por lo tanto tengo esta reiteración de mis prejuicios que puede ser verdaderamente desquiciada, que no tiene ninguna conexión con la razonabilidad, con criterios de objetividad, neutralidad y profesionalismo periodístico. Eso me parece que es un peligro grave de los nuevos medios.

¿Qué balance hace sobre el cambio político que significó la derrota del PRI en México y lo que ha venido después?

-Esto sería motivo para una larga conversación. México ha vivido un desencanto democrático aceleradísimo después de haber recibido la alternancia en el año 2000, con enormes expectativas y esperanzas, porque se trataba de un cambio que permitía la oxigenación de la política mexicana después de la presencia de un solo partido en el poder por más de setenta años, el partido más longevo en el mundo en conservar ininterrumpidamente el poder, que tuvo al final la capacidad de

soltarlo civilizadamente, cambiar las reglas, abrir el juego y ceder democráticamente el poder. Después de once años de esa transferencia, el desencanto es terrible, no solamente porque no nos hemos tomado en serio estos problemas a los que me refería hace un momento, sino porque los problemas de la política democrática en México se han combinado con los problemas de la ausencia de política, es decir, con la violencia.

México no solamente está viviendo el desencanto con una democracia improductiva, ineficaz, taponada, sino que vive un regreso a la barbarie en muchos espacios de su territorio, con una guerra que ha ensangrentado al país, no solamente con números terribles de muertos en el territorio mexicano, sino también con un rasgo de crueldad e inhumanidad realmente inimaginables. Es un mal momento de México. No solamente es un momento muy crítico, sino que es un momento de enorme peligro. Lo digo advirtiéndolo que esto también oculta procesos alentadores en México, un país que acumula un buen número de años con relativa estabilidad, con una clase media que se expande con un poder de compra que hoy es mayor que los que han tenido los mexicanos en toda su historia, es decir, con una serie de señales sociales y económicas relativamente positivas que nos indican, creo, que si el país es capaz de resolver primero su deficiencia de Estado, es decir, de paz, y si es capaz de encontrar los acuerdos básicos que le hacen falta, el panorama en el mediano plazo podría ser radicalmente distinto, y esa es quizá la mayor frustración, la de no estar a la altura de las posibilidades de México.